

Mi rincón de arte favorito

Por Claudia Cevallos
(claudiacevallos@gmail.com)



Hace quince años, cuando terminé mis estudios de Pedagogía me quedó bien claro que el niño era un ser bio-psico-social. Yo tenía memorizados los hitos del desarrollo y grabada la aclaración de que estos eran teóricos y servían de referencia, ya que cada niño tenía su ritmo de aprendizaje. Jamás me imaginé que el camino entre la teoría y la práctica tenía maravillosos matices donde realmente se siembra la creatividad.

En aquel entonces la educación inicial era diferente. Poco se había escuchado de las inteligencias múltiples, de los estilos de aprendizaje, de la neuropsicología, de la diferenciación y de la inclusión. Los jardines de infantes aún se llamaban guarderías, y los niños permanecían durante la jornada sentados en sus sillas, completando idénticas hojas de trabajo. La música estaba destinada –con suerte para el saludo y la despedida; el baile, para la presentación de Navidad.

A las artes plásticas no les iba mucho mejor. A estas se las ubicaba dentro del horario de clases solo una vez a la semana, y se hacían siempre y cuando se hubieren completado las otras actividades que en ese entonces se consideraban prioritarias. Asimismo, el arte consistía en que

todos los niños realizaran la misma técnica o dibujo utilizando los mismos colores. En esa época (y quiero pensar que ya no pasa más) era muy común el tipo de consignas como “pinta el pollito de color amarillo”.

En mis primeros años procuré ser fiel a las enseñanzas universitarias. Priorizaba el aprestamiento a los números y las letras. Me enorgullecía observar las planas realizadas por mis alumnos y restaba importancia a las actividades artísticas; al fin y al cabo, mis niños estaban aprendiendo lo que todos consideraban realmente importante.

Sin embargo, poco a poco mi entusiasmo de los primeros años se fue apagando al darme cuenta lo agotador que resultaba contener a los niños en su deseo de jugar,

experimentar y crear. Resultaba frustrante planificar actividades basadas en hojas de libros y currículos escolarizados y no en los deseos e intereses de los niños. En aquel entonces empecé a cuestionarme por qué, si tanto se decía que el niño aprende jugando, el juego era lo último que se hacía en el preescolar.

Poco a poco la vida me fue dando oportunidades para cambiar la forma en que estaba practicando la docencia. Tuve la suerte de trabajar en un colegio en donde se me dio libertad para organizar mi clase, tanto en los contenidos del aprendizaje como en la ambientación del aula. Sin embargo, aún debía cumplir con las hojas de trabajo previamente establecidas. Dividí la clase en dos ambientes: en uno estaba la pizarra, las mesas y las sillas, y en el otro, pequeños mini rincones de juego de cuentos, cocinita y legos. De esta forma podíamos alternar lo que se consideraba el aprendizaje serio con el juego.

Al año siguiente trabajé en otro colegio donde también se me otorgaba libertad para organizar la clase. Cuando llegué, los juegos de mesa, los legos, la plastilina y los rompecabezas estaban guardados y llenos de polvo. Al llegar al jardín, los niños permanecían sentados esperando

La imaginación del niño no tiene límites, y los adultos, al sugerir lo que es estéticamente aceptable o considerado como “bonito”, están apagando la vela creativa de posibles futuros artistas.

a que todos los compañeros llegaran. Cuando esto pasaba se saludaban y procedían a desarrollar las hojas de los siete libros que debían completar durante el año lectivo. Algunas de las hojas tenían consignas totalmente inadecuadas y complejas para los niños, pero debían completarse para cumplir con los padres de familia, quienes habían gastado una cantidad considerable de dinero adquiriendo los textos.

A pesar de la resistencia de algunas colegas quienes temían el momento del juego debido al “desorden” que este provocaba desempolvamos todo y ubicamos cada uno de los juegos en mesas para que, a medida que los niños llegaran, escogieran el juego en el que quisieran participar. Para evitar el desorden realizamos un cuadro de responsabilidades.

Así, cada niño se turnaba para asegurarse de que los juegos quedaran ordenados y en su respectivo lugar. Los libros tenían que completarse, pero cambiamos las consignas y en la gran mayoría los utilizamos para pintar con diferentes técnicas grafo-plásticas.

Finalmente, mi vida profesional dio un giro de 180 grados. Conseguí un puesto en un colegio en donde no se hacía ninguna hoja de trabajo, máximo una actividad dirigida al día. Planificábamos con base en las ideas e intereses de los niños.

La clase era dividida en rincones de juego y los niños realmente aprendían jugando. La decoración del salón era elaborada por los niños y nosotras éramos guías del aprendizaje, motivadoras de sus ideas y canales para desarrollar su creatividad.

En esa época (y quiero pensar que ya no pasa más) era muy común el tipo de consignas como “pinta el pollito de color amarillo”.

De manera automática, el Rincón de Arte se convirtió en mi favorito. Me di cuenta de que todos los aprendizajes pueden ser desarrollados por medio del arte, siempre y cuando dejemos de lado nuestra intervención impositiva y demos paso al despliegue maravilloso que los niños hacen de su creatividad, cuando se les da la oportunidad y se sienten en confianza.

En el Rincón de Arte los niños tienen disponibles y a su alcance distintos materiales, tales como: tijeras, pegamento, silicón líquido, pinceles, lápices de colores, crayones, canastas con retazos de papel, esponjas, palitos de helado, hojas tamaño A3 y demás materiales que vamos incorporando según las ideas que los niños vayan proponiendo.

Es por medio de la creación libre que los niños utilizan los materiales para hacer realidad lo que su imaginación dicta. Si el niño tiene interés en recortar unas tiras para hacer una corona, lo guiamos en el proceso, hacemos juntos las líneas para luego recortarlas, luego ellos escogen cómo quieren adornarla y la usan orgullosos.

Los colores a su alcance se funden con sus ideas, y dejan de ser solo nombres para convertirse en objetos concretos que forman parte de su realidad. Los colores, las formas geométricas, la medida, la di-

reccionalidad del trazo, el coloreado, el recorte con tijeras, las cantidades, los números, las texturas y las letras se convierten en un aprendizaje con sentido en el momento en que los niños ponen en sus cabezas la corona creada y se convierten en reyes y reinas.

La imaginación del niño no tiene límites, y los adultos, al sugerir lo que es estéticamente aceptable o considerado como “bonito”, están apagando la vela creativa de posibles futuros artistas. Si a simple vista no hay niño igual a otro, entonces sus creaciones tampoco pueden ser iguales.

Si todas las técnicas o manualidades que se realizan en el rincón o clase de arte muestran idénticos resultados entonces se trata de una simple repetición de un patrón, o la copia del ejemplo de la profesora. Cada niño debe tener la oportunidad de reflejarse en su propia creación, para lo cual necesita libertad de poder utilizar los colores, los materiales y las formas que desee, así como la guía cariñosa de una maestra que respete este proceso.

Cada año que practico esta maravillosa metodología, en la que el arte y el juego son protagonistas, me convido más de que no basta con brindar al niño ciertos espacios o momentos para desplegar la creatividad.

El jardín de infantes debe ser, en toda su jornada, una gran oportunidad para que el niño explore sus intereses, imagine, sueñe y desarrolle su creatividad. Y nosotros, como educadores, estamos llamados a facilitar este camino y guiarlos hacia un verdadero aprendizaje.

